

cion y un continuo rezo. Fue señalado del don de lágrimas de que lo doto el Señor. no solo en el santo sacrificio de la misa que jamas omitió, sino aun en el oficio divino que rezaba siempre de rodillas. Tenia continuamente en los labios los dulcissimos nombres de Jesus y Maria: asi no es de admirar que aun cuando en su casa le decian injurias é improperios, respondiese con palabras suavissimas y aun abrazar tiernamente al que le ofendia. Sus conversaciones eran siempre de Dios, de su Madre Santisima, de la conversion de los gentiles. Padecia frecuentes y agudas fiebres de que se curaba con total abstinencia por cuatro ó seis dias. Aun fuera de estas ocasiones su alimento era muy tenue y grosero, sin sal, ni mas condimento que algunas yerbas insipidas que tomaba con pretexto de medicinas. Toda esta dureza y austeridad consigo, la convertia en suavidad y dulzura para con sus indios, á quienes repartia toda su limosna y cuanto podia, conseguir con su actividad é industria. Finalmente era el padre Kino un perfecto ejemplar de misioneros apostolicos y de quien se decia vulgarmente.

“Descubrir tierras y convertir almas, son los afanes del Padre Kino.”

“Continuo rezo, vida sin vicio, ni humo, ni polvo, ni cama, ni vino.”

CAPITULO XVIII.

Conquista de la California.

La peninsula de California, segun la relacion del capitán ingles Wodes Rogers, en su viaje al rededor del mundo, comen-

zado en 1708 y acabado en 1711 y publicado en Amsterdam en 1716 es en la parte interior y por donde junta con el continente, tan fértil como la alta Pimeria; pero en la punta ó Cabo de San Lúcas, es el terreno montañoso estéril y cubierto de arenales con algunos arbolillos y matorrales, donde solo hay algunas frutillas silvestres; el temperamento es agradable por el aire sereno y apacible que sopla generalmente; y aunque no son muy abundantes las lluvias por la noche es copioso el rocío que da á la tierra grande frescura. Los habitantes son de estatura alta, derecha y membruda: usan los cabellos grandes y sueltos que les llega la estremidad hasta el muslo: todos andaban desnudos; y las mujeres cubrian su desnudez con tegidos de pita ó plumas, ó pieles de animales. Su aspecto es salvaje y desagradable, correspondiendo á la rusticidad de su semblante, la dureza de su lenguaje. En medio de su desnudez, gustan demasiado de los adornos de collares y brazaletes, que los hacian de cuentas de palo ó concha y muchas veces de perlas que son abundantes y que por no saberlas taladrar, las rayaban y ataban con un hilo de pita. “Párecelos tan bello este adorno, dice la relacion, que no quisieron aceptar ninguna de nuestras chucherías, ni de nuestros rosarios y sargas de cuentas de vidrio, aunque las habia de diferentes colores. De lo que nosotros llevábamos, nada querian tanto, como los cuchillos y demas instrumentos que sirven para tajar y cortar; pero su honradez fué tanta, que nunca llegaron á tomar cosa alguna de lo que hallaban en tierra por la noche, aunque nuestros toneleros y carpinteros dejaban casi siempre en ella sus instrumentos.”

Los californios eran demasiado perezosos, y no se cuidaban del cultivo de la tierra, ni tenian alguna industria para remediar sus necesidades: sus habitaciones eran unas chozas bajas construidas con las ramas de los arboles, que eran muy poco abrigo para la inclemencia de los tiempos; y su alimento principal la instruccion y bienestar de los indigenas.

CAPITULO XVIII.  
BIBLIOTECA  
U. A.

consistia en las pocas frutas y raices que les daba aquella tierra ingrata y sin cultivo, los peces de que abundaba la tierra por su proximidad al mar, y los pajaros que cazaban. Eran muy diestros para cazar al vuelo y lo mismo para pescar, sin mas auxilio, que un instrumento de madera con que traspazaban el pez zambullendose en el agua aun a una profundidad admirable.

Aquella vida salvaje, los hacia cuidar muy poco de la educacion y del gobierno civil; este no consistia sino en la superioridad de uno de los ancianos o algun otro jefe, que probablemente no ejercia otra accion, que la de los jefes de los pueblos del Gila. Los que algo escribieron sobre las costumbres de los antiguos californios, omiten decirnos cual fuera su religion; pero como no se hace mencion de templos, idolos, ni sacrificios, conjeturamos por esto y por la analogia de usos, entre ellos y los pimas altos, que ninguna tendrian ostensible y vivirian en un verdadero estado salvaje.

Nada tenia de agradable el aspecto de esta tierra: y sin embargo, las noticias que desde el principio de la conquista se tuvieron de su fabulosa riqueza y la conveniencia de poblarla para la mayor seguridad de los buques que traficaban en las aguas del Pacifico, mantuvieron siempre vivo el deseo de colonizarla; pero ya hemos ido haciendo notar, como fueron esteriles cuantas tentativas se hicieron desde el principio dirigidas a este fin. Despues del ultimo viaje del capitan Atondo y Antillon, quedo encendido en el pecho del celoso padre Kino el fuego de la caridad por la conversion de aquellas infelices gentes: pero como la obediencia le mandaba permanecer en la Pimeria, logro comunicar al Padre Juan Maria Salvatierra, el mismo celo que a ello consumia. En principios de 1696 los dos hicieron un viaje a Mexico para solicitar el arreglo de este negocio entre otros que tenian tambien por mira principal la instruccion y bienestar de los indigenas. El pa-

CAPITULO V. A. BIBLIOTECA

dre Salvatierra pidió á sus superiores el permiso para acometer empresa tan grave; pero como hacia pocos años que el mismo vireinato habia solicitado á la compania para que llevara á termino este negocio, y los padres se negaron por no admitir el gobierno temporal de las colonias, el padre provincial Juan Palacios, no quiso acceder á esta solicitud; pero no por eso desmayó el religioso Juan Maria, antes esperó confiado en que la Providencia removeria aquel obstaculo y los mas que se presentaran para la realizacion de un proyecto que ya parecia imposible en vista de tantas veces que se habia frustrado. Un incidente imprevisto vino a determinar la conquista de la California: el padre Salvatierra pasó á Tepotzotlan como rector de aquel colegio; y pasando por alli el provincial, para visitar los colegios de tierra adentro, se vió repentinamente acometido de una pleuresia que le impidió seguir su camino. Un dia dijo al padre Salvatierra que rogase con sus novicios porque el Señor le concediera la salud; y este religioso, que no quitaba la vista de la reduccion de los indios al gremio de la iglesia, le respondió, que no debia esperar la salud, mientras no prometiese á la Santisima Virgen dar la licencia para la conversion de la California. Contestó el provincial, que aquel negocio dependia de la resolucion de los consultores, pero que el ofrecia hacer cuanto en si estuviere para su feliz exito. Efectivamente, pocos dias despues que el provincial pasó a convalecer a Mexico, propuso el negocio á la consulta y en Diciembre de este año de '96 quedo dado el permiso para que el padre Salvatierra pudiera con acuerdo del vireinato emprender lo que con tanto ardor deseaba. Pedida la licencia al virey, que en aquellos momentos lo era el obispo D. Juan Ortega Montanez, fue otorgada despues de los tramites necesarios; pero con la condicion de que la proyectada reduccion se hiciera sin gravamen del real erario, y de que se tomara posesion de la tierra en nombre del ESTUD.-T. 3.º-P. 41.

rey Carlos II, y se concedia facultades a los promotores de aquel negocio, para que ellos nombraran capitán y soldados que juzgaran necesario para su seguridad, con solo la obligacion de dar aviso al vireinato.

Este despacho fue firmado ya por el virey conde de Moctezuhuma en 5 de Febrero de 1697 y con el salio el padre Salvatierra para embarcarse en las costas de Sinaloa, llevando para los gastos de su grandiosa obra, la suma de cinco mil pesos con que habian contribuido algunas personas, entre ellas el conde de Miravalle y el marques de Buenavista. Otros aunque no al contado, ofrecieron dar algunas cantidades para los gastos de los cinco años primeros de la congregacion de los Dolores, fundada en el colegio maximo de San Pedro y San Pablo, dió el fondo, para sustento de un misionero, y el sacerdote D. Juan Caballero y Osio, ofreció el de otros dos. A estas limesnas, cooperó D. Pedro Gil de la Sierra tesorero real de Acapulco, dando un barco pequeño para la mision y prestando una goleta para transportar a los que debieran ir a California.

En México quedó nombrado el padre Juan Ugarte como procurador de los negocios de aquellas nuevas misiones, y el padre Salvatierra pasó a Sinaloa, para adquirir mayores arbitrios y unirse con su compañero el padre Kino; este al fin no pudo separarse de los pueblos que tenía a su cargo y después de embarcadas las provisiones que se pudieran acopiar en la embocadura del Yaqui, se dió a la vela la goleta que proporcionó la piedad del tesorero de Acapulco. llevando a su bordo para una conquista tan importante al apostolico varon Juan Maria Salvatierra, con cinco soldados españoles y tres indios. Con una navegacion feliz aunque trabajosa, aportaron a los puertos de Concepcion y San Bruno; pero parecieron la tierra muy esteril, por consiguiente el capitán de los soldados anclaron en el puerto de S. Dionisio, al cual por la de

vocion que el padre tenía a la Santisima Virgen en su advocacion de Loreto, se le dió ese nombre. Luego que desembarcaron se hizo la ceremonia de tomar posesion de la tierra en nombre del rey Carlos II de España y desde entonces no se volvió a desamparar, mas aquella provincia, siendo su capital el lugar que se acababa de fundar.

De pronto se construyó una pequeña trinchera para ponerse a cubierto de algun ataque de los indigenas: en el centro se colocó una cruz, bajo cuya enseña se iba a difundir allí la luz; y en una tienda de compania se colocó la imagen de la Virgen Lauretana que se declaró patrona de aquella expedicion. Desde el primer dia empezaron a ocurrir al real algunos gentiles, que el misionero acariciaba y regalaba con algo de sus provisiones, y con estos alhagos concurrían gustosos a la explicacion de la doctrina, que el padre hacia todos los dias por medio de un catecismo que habia formado el padre Copart.

Así se pasaban los primeros dias preparando aquel inculto campo para recibir la semilla evangélica: el infatigable padre Salvatierra hacia veces de gobernador de aquella nueva colonia, desempeñaba los oficios de capellan para con sus compañeros, de apóstol para con los infieles y algunas veces aun de cocinero para sazonar y condimentar los alimentos con que los atraía a su doctrina; y parecía que se podia contar con la perfecta aquiescencia de los naturales para civilizarlos, cuando un grave incidente vino a poner a la empresa en riesgo de acabar en sus principios. Luego que la goleta se volvió para el Yaqui, los naturales creyeron concluir facilmente con los pocos que habian quedado en tierra y apoderarse del maiz y demas cosas que habian desembarcado: así fué, que el 17 de Noviembre acometieron violentamente el pequeño real, en número como de quinientos enemigos. El padre Salvatierra no queria que se dispararan las armas contra los indigenas, dan-

CAPITULO U. A. L.

do lugar a que sus exhortaciones los hicieran desistir de aque-  
 lla agresion y volver a la vida pacifica con que se habia inau-  
 gurado la poblacion de California; pero cuando ya fue del to-  
 do necesario, se hizo fuego con los mosquetes y un pequeño  
 canoncito que habian apeado de la goleta. El fuego de los  
 sitiados empezó a esparcir el terror en los asaltantes de los  
 cuales morian muchos, y otros heridos se retiraban del lugar  
 del combate, hasta que huyeron a los montes, admirados de  
 que la nube de flechas y piedras que hacian caer sobre el pe-  
 queño recinto de la fortificacion, no hubiera dañado a los si-  
 tiados y antes estos les hubieran causado tanto daño: desde  
 luego quedaron resueltos a no hostilizar mas, y en prueba de  
 ello mandaron una tropa de mugeres conduciendo a los niños  
 que debian quedarse en el real, para recibir la instruccion  
 de la doctrina. En esta ocasion se patentizo cuanta es la  
 fuerza de ese espiritu de caridad que anima a los propagan-  
 distas de la civilizacion evangélica. Nada habia en aquella  
 tierra espantosamente estéril, que pudiera lisonjear las pasio-  
 nes de los que se presentaban en la arena para plantar allí el  
 estandarte de la Cruz: humanamente tampoco podia esperar  
 otra cosa aquel puñado de hombres, que ser sacrificados en a-  
 queellas desiertas playas, donde sus nombres habrian quedado  
 ocultos en los bancos de arena que levanta el aquilon cuando  
 sopla desencadenado. Y sin embargo, no se aterraron ante el  
 peligro, ni vuelven su rostro atras: antes redoblan su brío, y  
 la confianza que los anima es su triunfo porque como no bus-  
 can el oro ni los honores que se marchitan como la yerba, si-  
 no el fruto de la verdad, la mano oculta que gobierna y equi-  
 libra a todos los globos del firmamento, los saca incólumes del  
 furor de sus enemigos que por un secreto influjo vienen a ren-  
 dir sus corazones ante el arbol de la redencion.  
 Despues del consuelo que tuvieron en el admirable triunfo  
 de sus armas a los dos dias vieron llegar a ellos nuevas provi-

CAPITULO  
 BIBLIOTECA  
 U. A.

ciones con que auxiliaban los misioneros de Sinaloaya a ma-  
 ciente colonia de la península y entonces llegó tambien el pa-  
 dre Francisco Pícolo, que iba a ocupar en la conversion de  
 aquellos infieles, el lugar que no habia podido tener el padre  
 Kino, cuya presencia se juzgo necesaria en la Pimeria. Con  
 el auxilio de este nuevo compañero, el padre Salvatierra, em-  
 pezó sus escursiones fuera del real, haciendo unas y otras a sus  
 visitas a los indigenas, y otras el padre Pícolo, con lo cual gra-  
 dualmente iban domando la rusticidad de aquellos corazones  
 degradados en la barbarie: esto como es natural se hacia a  
 costa de grandes sacrificios, evitando a cada paso nuevos pe-  
 rgros y sumiendo la escasez de viveres, pues llegaron dias en  
 que solo algun maíz comido y una ración miserable de co-  
 tros almientos, era todo el sustento para que aquellos hombres  
 repusieran sus fuerzas estenuadas y consumidas en las fatigas  
 constantes para civilizar aquellos pueblos que en el fondo de  
 la Nueva España vivian envueltos en las densas sombras de  
 un tenebroso gentilismo.  
 El religioso Salvatierra eligió el norte para dar principio a  
 sus trabajos, y en principios del año de 99 salió del real de  
 Loreto para entre la nacion Cozhimí; y en el sitio donde estu-  
 vo el real de San Bruno en la expedicion del capitán Atondo  
 fundó un pueblo a que dió el nombre de San Juan de Landa,  
 juntando en ella a los cozhimies y a los edues, que hasta enton-  
 ces habian sido dos enemigos irreconciliables. Despues de  
 este viaje emprendió el suyo por el sur el padre Pícolo, a un  
 lugar que los californios llamaban Viggo y donde las tierras  
 eran muy apropiadas para establecer sementeras como en las  
 riberas del Zuaquí; el trayecto para llegar a este punto era  
 muy aspero y frágil; pero el padre abrió camino para el por  
 entre las peñas y malezas, lo cual no solo sirvió para tener es-  
 pedita comunicacion con el real de Loreto, sino para estimular  
 a los indigenas al trabajo, viendo que en pocos dias un padre